

Autopercepción intelectual de un proceso histórico

Fullat, Octavi

1995

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5162>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

AUTOPERCEPCIÓN INTELECTUAL DE UN PROCESO HISTÓRICO*

OCTAVIO FULLAT**

MIS FRAGILIDADES DE EXISTIR PENSANDO

1. *Irresponsable*

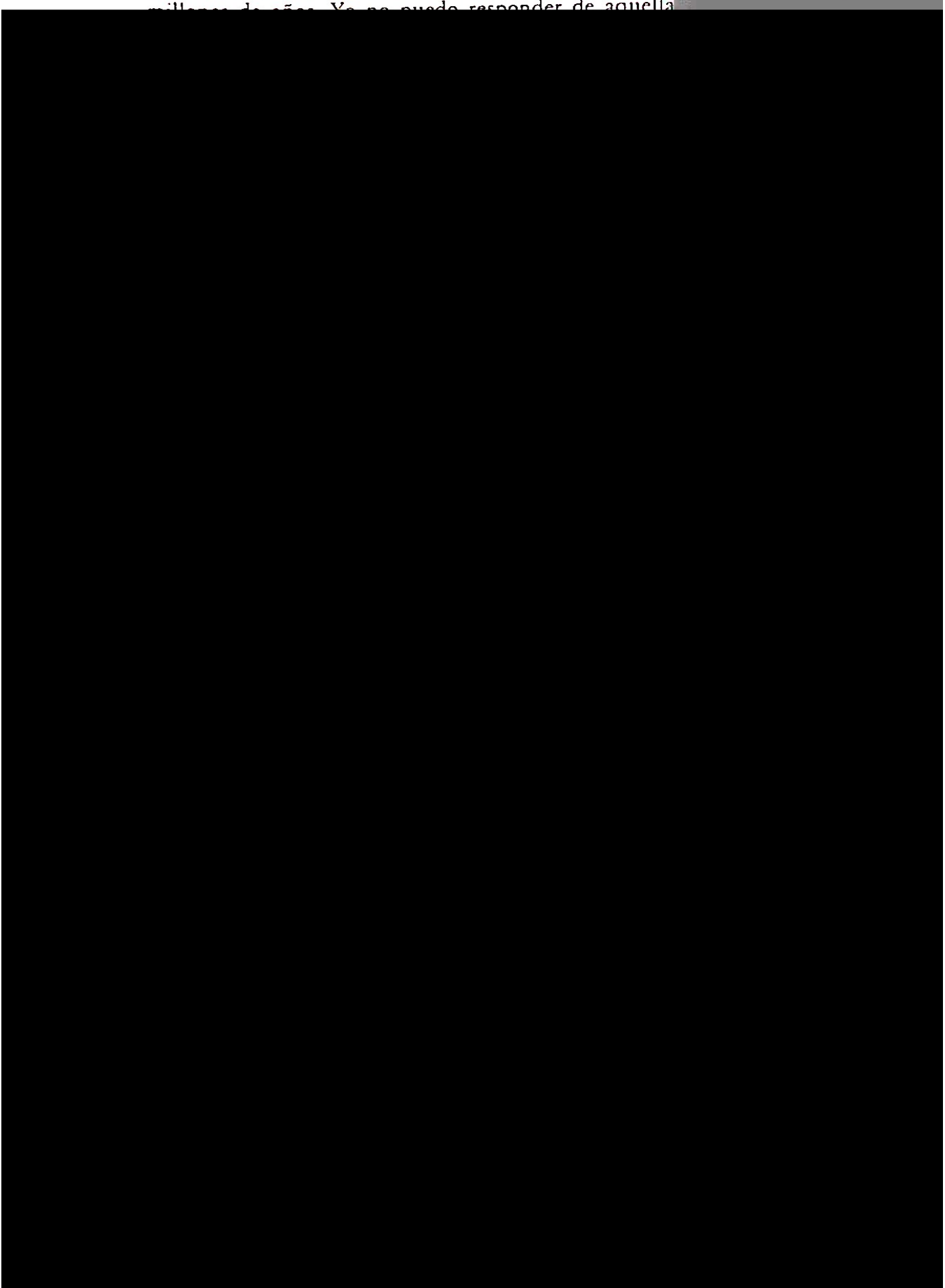
Cuentan que existe La Razón o, si se prefiere, El Pensamiento. Hegel, por ejemplo, así lo aseguró. Personalmente ignoro en qué calle de ciudad, o casita de villorrio, aquélla habita. De todas formas, si alguno me proporcionara su dirección, tampoco iría a visitarla; más aún, si viviera, ella, cerca de mi casa, seguro que me trasladaba lejos. Tal señora —La Razón— es, sin duda, peligrosa. Me pregunta usted ¿por qué?, por algo tan pelado y escueto como es que ella lo sabe todo. La Razón o es omnisciente o deja de ser La Razón. Quien lo conoce todo se muda *ipso facto* en el Gran Inquisidor y en el Dictador Absoluto. No, no; la razón funcionando en la tecnociencia no lo conoce todo, ni con mucho. Ni tan siquiera está segura de lo que dice haber probado, salvo cuando es cuestión de las ciencias formales, las cuales por cierto nada dicen como no sea la manera de utilizar coherentemente determinados signos lingüísticos. No; la razón tecnocientífica no es La Razón a pesar de que algunos tecnólogos y científicos lo deseen. Incluso gentes tan desazonadas como los políticos imaginan, con frecuencia, ser La Razón. Allá ellos con su megalomanía de hacerse dioses. Bueno; reconozcamos, sin embargo, que un político *omnisciente* resulta particularmente alarmante para la ciudadanía. Peor aún si, encima, se considera bueno y hermoso.

En estas páginas no me refiero a La Razón, sino a mis razones y pensamientos. Éstos no nacen ni cándidos ni virginales, sino maculados y polutos. La mancha original de mis discursos organizados en forma de teoría antro-

* Reproducido con autorización del autor. Fuente: Revista *Anthropos* No. 160, septiembre de 1994, pp. 9-17. Barcelona, 1994.

** Profesor visitante en la UIA-Golfo Centro.

pológica —únicos aquí considerados— se halla en mi código hereditario, el cual me empalma filogenéticamente hasta con especies alejadas de mí por millones de años. Ya no puedo responder de aquella



lificado prefirió lo inmediato, lo que le salió al encuentro; médico en el barrio obrero de Pueblo Nuevo, en Barcelona. Publicó algunos artículos sobre observaciones suyas médicas, pero su dedicación se dirigió a los enfermos del distrito. Con la ironía, compensaba su falta de arrebato y de entusiasmo. Amó el pensamiento claro, distinto y preciso. Perfilaba el léxico. Me señaló que sólo de tal guisa era posible pronunciar diagnósticos correctos. Su talante fue apolíneo, objetivo, científico, frío, proporcionado. Me encontraba solo con él cuando agonizó; unas cuatro horas antes del traspaso, me pidió que le levantara la cabeza para contemplar el ocaso del sol a través de la ventana. Después me dijo: "Ya no lo veré más. He terminado." Prefirió pensar que actuar. Este enfoque existencial de mi padre caló igualmente las primeras experiencias de mi vida. Y de ahí procede también mi discurso. De todo esto, yo me lavo las manos.

Entre mi madre y mi padre montaron un fondo endotímico contradictorio, opuesto, antagónico, discordante, desigual, antitético. Sólo me ha sido posible discurrir a partir de plataforma tan dispar y disímil. He sido dionisiaco y apolíneo, arrebatado y discursivo. En ocasiones he sido ambas cosas de manera sucesiva; a veces, pero, las he vivido simultáneamente resultando entonces dificultosos mis escritos o, acaso, disparatados.

Hasta 1936 —a finales, si no recuerdo mal— fui alumno del "Institut-Escola", de Barcelona, situado en el Parc de la Ciutadella y dirigido por Josep Estalella. Este centro singular orientó, sin duda, mi posterior manera de hacerme intelectualmente con el mundo. No pesó tanto como mis progenitores, pero su influencia fue igualmente decisiva. Me marcó entre mis seis y mis ocho años. No sólo me enseñaron a leer inteligentemente —cosa nada frecuente—, mas también cuidaron la psicomotricidad y los sentimientos con la danza rítmica y plástica del suizo Jacques Dalcroze que trajo acá Joan Llongueres. Mis páginas escritas acusarían un estilo diferente, del que ahora poseen, de haber dado mis primeros pasos escolares en otro centro.

El tercer condicionante primigenio de mi pensar, lo descubro en la forma como viví el tiempo que duró la Guerra de los Tres Años. Mis padres me enviaron a mi pueblo natal, Alforja, a fin de ahorrarme los bombardeos que sufría la ciudad de Barcelona. No residí, sin embargo, en el villorrio, sino en una casa de campo pequeña, sin agua corriente, sin electricidad, sin radio. Mis padres venían algunos fines de semana, pero yo convivía con mi abuelo paterno que cuidaba el campo y con una mujer mayor que llevaba la casa. En todos aquellos años no fui ni un solo día a la escuela ni me entretuve con letra impresa. Para mí, contaba solamente la naturaleza con sus cuatro estaciones, con los pájaros que cazaba en invierno y cuyos nidos espiaba durante la primavera, con los frutos de los árboles que robaba lúdicamente a lo

largo del verano, con las lluvias otoñales que recibía con el placer de una ducha alocada. Con compañeros recorríamos campos y bosques interminables. Así transcurrieron mis ocho, nueve, diez y once años —una parte, tan sólo, de estos últimos—. Viví a mis anchas y lejos de plazas, calles y casas. Supongo que recibí allí y durante aquel tiempo buena parte de mi salud mental.

Padres, "Institut-Escola" y libertad en plena naturaleza recodificaron inicialmente el código genético. Discurrir lo he hecho más tarde, inexorablemente, desde esta plataforma psicosomática. No soy, en absoluto, responsable de estos factores de mi pensamiento. Éste, no obstante, se entiende mejor a partir de los tres condicionantes apuntados.

2. *Verdad a la fuerza*

Desde los once años hasta los cuarenta y siete viví bajo la dictadura del general Franco. Esto significa que mi formación filosófica tanto en los estudios secundarios como en los universitarios fue escolástica. La verdad era una, incommovible, eterna. La filosofía escolástica estaba en posesión de La Verdad. Ignoro si la tenía prisionera o bien si la razón de los escolásticos era tan sutilmente penetrante que no tenía rival. Las otras filosofías eran erróneas, en parte o totalmente; eran ilusas o bien mendaces; es decir, se producían dejadas de la mano de Dios. Ingresé en la filosofía conducido por la Escolástica y no, por cierto, por Santa Escolástica (450-547), la hermana de San Benito. Hubiera sido más estimulante.

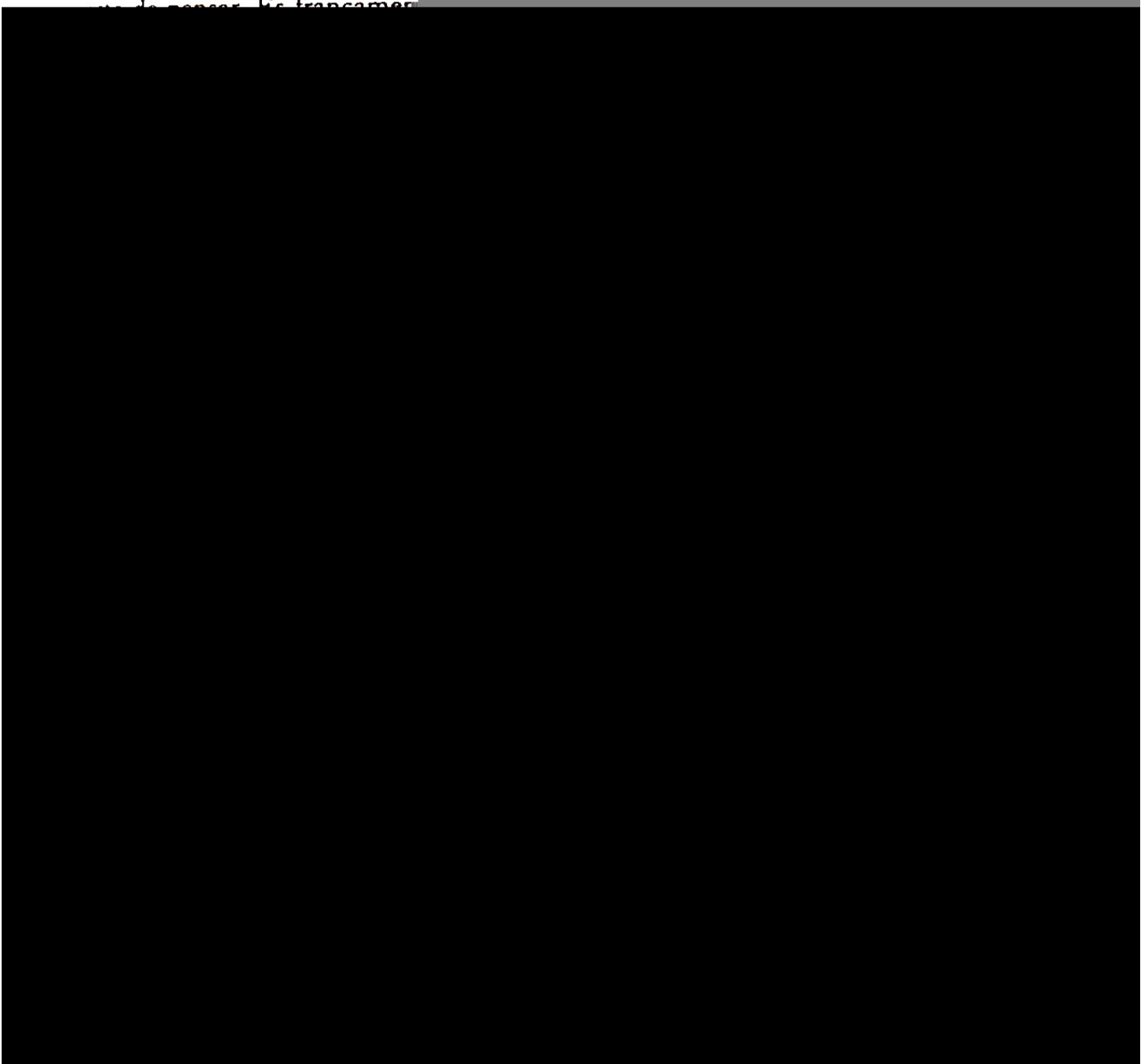
La filosofía escolástica intentó paralizarme sólo en la medida en que me fue presentada como *philosophia perennis*, como verdad definitiva y clausurada. Más allá se colocaban el yerro, el desatino y —lo que fue más atosigante— la herejía o bien el pecado. En la Unión Soviética se han comportado parejamente según me contaba, en Varna (Bulgaria), un joven pensador soviético durante los días del XV Congreso Mundial de Filosofía. Fue en 1973. También allá estaban sometidos a una *philosophia perennis*, que no era otra que la interpretación oficial de los escritos de Marx, los cuales actuaban a modo de Biblia o texto revelado por un dios ateo.

Sin embargo, cuando me acerqué a los escritos de la Escolástica habiéndoles negado previamente —y no sin dolores existenciales, por cierto— su categoría de *philosophia perennis*, debo confesar que me resultó, entonces, la Escolástica, particularmente incitante. Conste que no he escrito que la considerara *verdadera*, al fin y al cabo la verdad como el error poseen historia cambiante y dependen de la perspectiva social e incluso individual. Ahora bien; provocadores, incitantes y sugerentes, sí lo son no pocos escritos filosóficos del medioevo. Al fin y al cabo, los medievales fueron ciertamente me-

dievales, pero no idiotas o estultos, por lo menos no lo fueron más que los contemporáneos.

Me resultó fatigoso y arduo deshacerme de la Escolástica en cuanto pretendía ser la verdad, tan arraigada estaba en mi entraña intelectual la idea de que criticar sus concepciones fundamentales acarrearía la condena de mi biografía entera. No resulta fácil desprenderse de un pedazo constitutivo de las creencias de uno. En el fondo, no poseemos creencias, sino que éstas nos tienen a nosotros constituyendo la columna vertebral de nuestras vidas. No tuve que suprimir a Dios, de mi existencia, sino acercarme a él por otras rondas menos ortodoxas, católicamente hablando.

Cinco autores escolásticos, me inquietaron unos, y me causaron maravilla otros. Entre los primeros se sitúan san Agustín, san Anselmo y san Buenaventura; entre los segundos coloco a Abelardo y a santo Tomás. No son bromas ni tampoco divertimientos las páginas de estos pensadores. Únicamente puede reírse de ellos quien jamás los ha estudiado. Tanto los *Soliloquia* de Agustín de Tagaste como su *De magistro* no me dejaron las cosas fáciles en modo de pensar. Es francamente



en torno a la *Questio* II —*De Deo, an Deus sit*— de la *Summa*. Las cinco vías dejaban de ser vías y no conducían realmente a Dios. Bofill era un tomista entusiasta que me condujo hasta los textos de Tomás para que quedara yo pasmado; Roquer, en cambio, era un espíritu analítico capaz de descubrir fallas incluso en el discurso mejor elaborado. Cara y cruz de mi santo Tomás de Aquino. Con todo, a este pensador medieval he continuado admirándolo siempre más. Sus trabajos son de una estructura espectacular. Difícilmente se encuentra algo parecido entre los pensadores actuales.

Por motivos de piedad religiosa, leí a Tomás de Kempis durante estos años de *verdad a la fuerza*. Me palpé cautivado y esponjado por este místico especial. Parecía como si la verdad recibida no fuera tan dura y resistente como en otros autores escolásticos. Kempis fue el puente que me permitió leer a otros dos místicos alemanes; éstos fueron Eckart (1260-1327) y Tauler (1300-1361). El *Grund der Seele*, o fondo abismal, del hombre quedaba alejado de los restantes conceptos escolásticos. El *Abgescheidenheit*, o desinterés, incluso ante Dios —de Eckart—, constituyó para mí una noción revolucionaria.

Pocos escritos tengo publicados de estos años de escolasticismo más o menos soportado. Pero, he aquí algunos significativos que forman parte de mi libro *Con el Hombre*. Son éstos: *El conocimiento humano es imperfecto*, *Moral y religión*, *Teilhard de Chardin* y *Tomás de Aquino* —cuatro trabajos que había presentado durante mi carrera universitaria—. Estos cuatro textos publicados en 1972, dentro del libro de referencia, están redactados antes de que cumpliera yo los 28 años. Como sucede igualmente con un librito de

¿Prohibido Marx?; pero ¿qué se han creído? Había iniciado la lectura de las obras de Marx ya en 1952 aunque de manera tímida y con la precaución de no quedar contaminado. Antoni Gutiérrez, del PSUC, había sido compañero mío de bachillerato; ambos lo habíamos cursado en los Escolapios de la calle Diputación de Barcelona. Él me puso en contacto con Manolo Sacristán —probablemente el mejor teórico que ha tenido el marxismo en España—. Posteriormente, establecí relación con otros marxistas notables; entre ellos destaca el polaco Adam Schaff a quien traté por primera vez en 1968 en el XIV Congreso Mundial de Filosofía que tuvo lugar en Viena.

Me proporcionaba yo los libros de Marx, a través de Perpiñán, de forma clandestina. Estudié detenidamente por mi cuenta al Marx joven, por utilizar la nomenclatura de Althusser, poco grata por cierto a Schaff. *La Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* me permitió dar unos cursos furtivos, y de noche, a jóvenes interesados en el marxismo. *La Sagrada Familia* perfiló en mí un concepto de *alienación* del que me serviría durante muchos años. Los *Manuscritos del 44* me proporcionaban pistas sobre la antropología del trabajador no alienado. A golpes rompía mis inseguras seguridades escolásticas. En un viaje a París tuve la suerte de pasar dos largas tardes con Ives Calvez —un marxistólogo notable aunque no marxista—; él me aclaró no pocos problemas que me asaltaban al leer a Marx desde mi formación escolástica. Las *XI Tesis sobre Feuerbach* produjeron ya un vuelco: el pensar de los pueblos es una variable dependiente de sus maneras de trabajar. Constituyó un hito importante, preparado por las lecturas anteriores. Del segundo Marx trabajé *La ideología alemana*, *Miseria de la filosofía* y el *Manifiesto del partido comunista*. Traté superficialmente tanto la *Contribución a la crítica de la economía política* como *El Capital*. Los conceptos económicos me enojaban por falta de preparación mía.

Los conocimientos que tenía sobre el marxismo hicieron que Sánchez Agesta, catedrático de Derecho Político en la Universidad de Madrid, me invitara a un coloquio internacional sobre la evolución ideológica del marxismo actual. Fue en 1965. Seríamos unos veinte entre extranjeros y españoles; conversamos casi a escondidas. Allí trabé amistad con el profesor holandés Delfgaauw, quien me invitaba al año siguiente a pronunciar conferencias en las Universidades de Amsterdam y de Gröningen.

Mis libros *La pedagogía a la Unión Soviética*, de 1964 —traducido al castellano en 1973— y *Brasil revolucionario*, de 1966, son respectivamente una comprensión de la antropología marxista —estudiando al pedagogo Makarenko— y una aplicación del método marxista al análisis de la dictadura militar del Brasil. El segundo libro constituía una crítica al régimen del señor Franco por paralelismo, única forma de superar la censura de aquellos años. Cierta adhesión intelectual al marxismo perdura en mí hasta 1973. Dos

experiencias y nuevas lecturas —a las que me referiré luego— acaban con mi devoción a la doctrina de Marx. En 1971 estuve tres semanas en la Unión Soviética —Moscú y Leningrado—; en 1973 pasé otras tres semanas en Bulgaria. Palpé que la dictadura del general Franco, con ser irrespirable, era poca cosa comparada con las dos dictaduras comunistas conocidas. Pensadores y jóvenes me hablaron de la invivencia de aquello; aparte observé bastantes hechos de represión. Mi actitud quedaba abierta a nuevas roturas. Pero, en fin, el marxismo había fracturado mi Escolástica y esto se lo he agradecido siempre.

Al concluir los cursos de doctorado, el profesor Tusquets me sugirió que empezara una tesis sobre psicología animal. En éstas estaba, y para ello me trasladé a París en 1958, cuando en una librería del Quartier Latin descubro, una tarde, *L'Étranger* de Albert Camus. Mi sorpresa fue mayúscula. Aquella noche devoré la obra de un tirón. Desde un segundo frente se rompía mi doctrina escolástica. No es que aceptara, sin más, al existencialismo; lo que sucedía era que me palpaba, cada día, más inseguro. Decidí, de inmediato, abandonar la investigación acerca de la psicología animal y abordé el pensamiento de Camus. Me sentía más a gusto con este segundo que con las bestias.

Leí cuanto había leído Camus y cuantos autores habían influido en él. Así fui a parar a los escritos de Jean-Paul Sartre. El estudio de *L'être et le néant* me ocupó algo más de dos años; fui a él desde *La transcendance de l'ego* y desde *Esquisse d'une théorie des émotions*. Cuatro escritos más de Sartre me

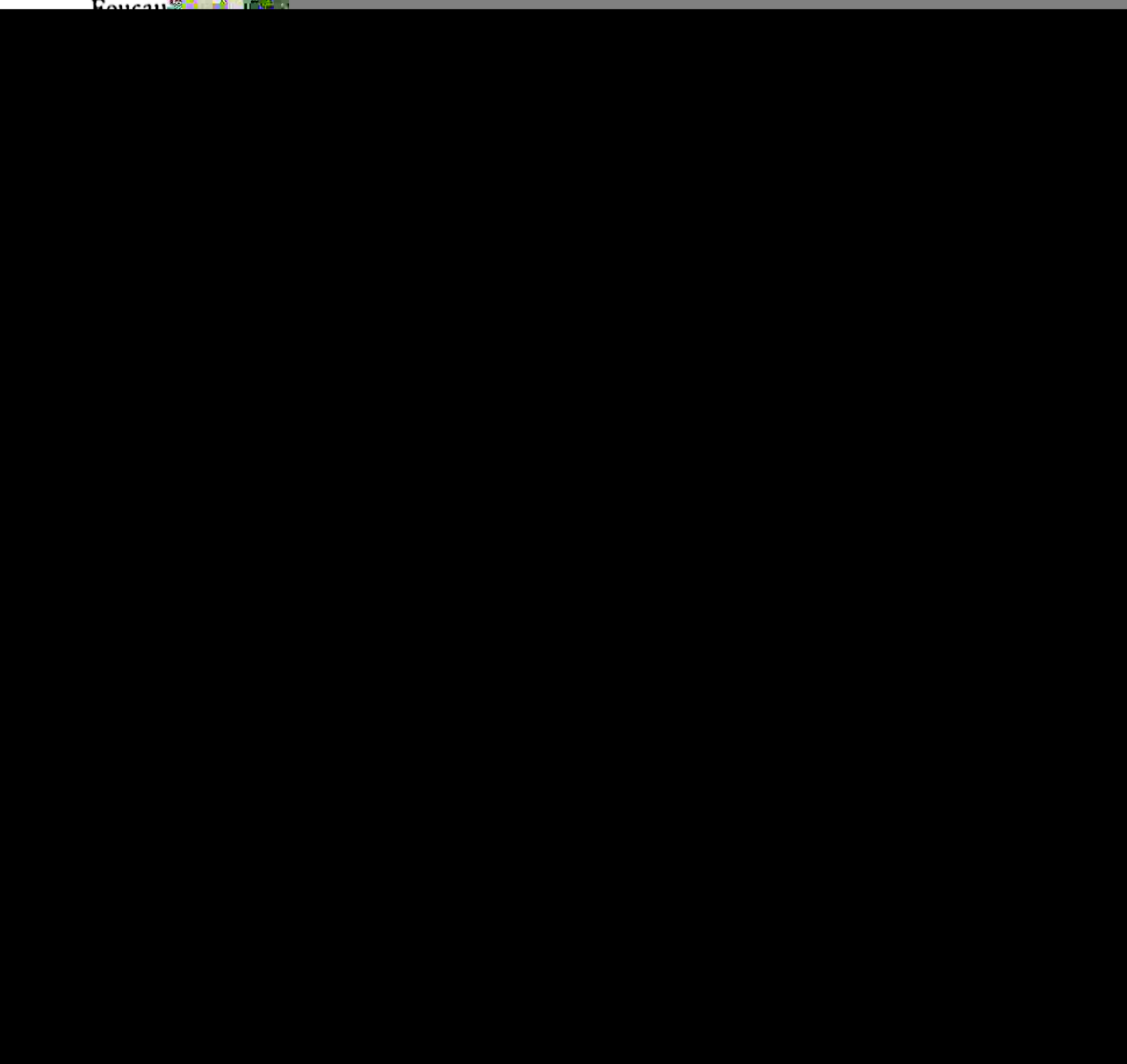
... algunas determinadas partes de su obra principal: pienso

mental con que abordaba el tema. Procuré ponerle remedio buscando una antropología de compromiso entre Escolástica, marxismo y existencialismo. El hombre sería el resultado de biología, de sociología y de libertad. Apuntaba una comprensión antropológica tridimensional sin que quedara, no obstante, perfilada en su estructuración y en su dinámica. En *Sexualidad: carne y amor* se concreta el esfuerzo realizado aquellos años. Un yo existencial ocupa el lugar de un yo substancial que pierde terreno.

Marxismo y existencialismo habían herido mortalmente mi formación escolástica. El yo y Dios se encontraban, ciertamente, en mi pensamiento filosófico pero ocupaban un lugar gratuito; no sabía exactamente dónde situarlos, qué hacer con ellos. Desolador.

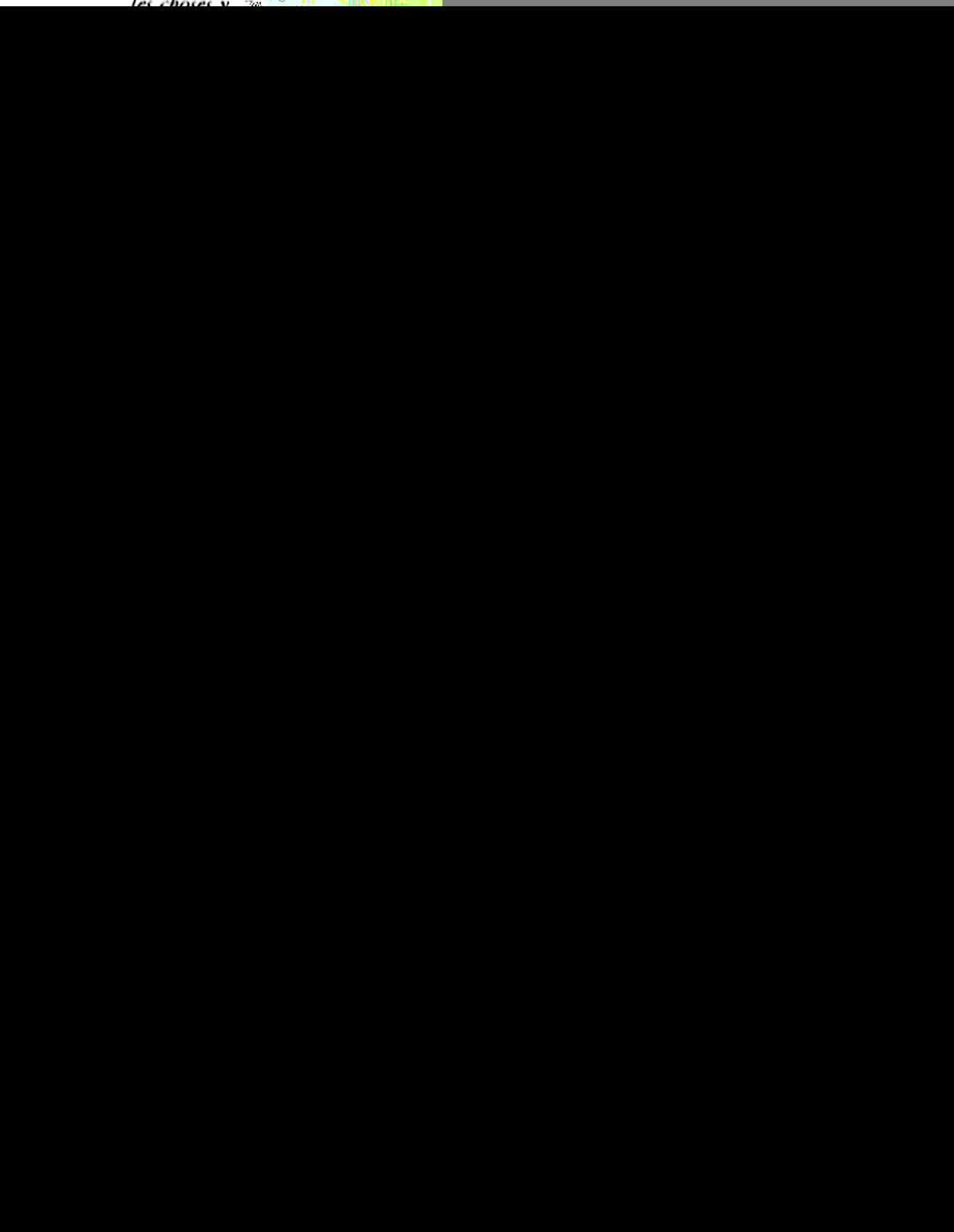
4. *A la intemperie*

Un hecho inesperado rompió el iniciado proceso intelectual de unificación de mi antropología. El Gobierno francés me otorga una beca de profesor universitario invitado. Me traslado a París donde resido durante el curso 1970-1971. En el Collège de France trabajo con Lévi-Strauss, con Michel Foucault...



jeto es un estorbo. Sólo de tal guisa resulta practicable la ciencia social. No me entregué a Lévi-Strauss, pero me tentó.

No faltaba más. Foucault me embruja lo suficiente en el Collège de France, con su cabeza afeitada y sus lentes de gruesas y oscuras monturas, como para sumergirme en sus escritos. *Naissance de la clinique, Les mots et les choses* y

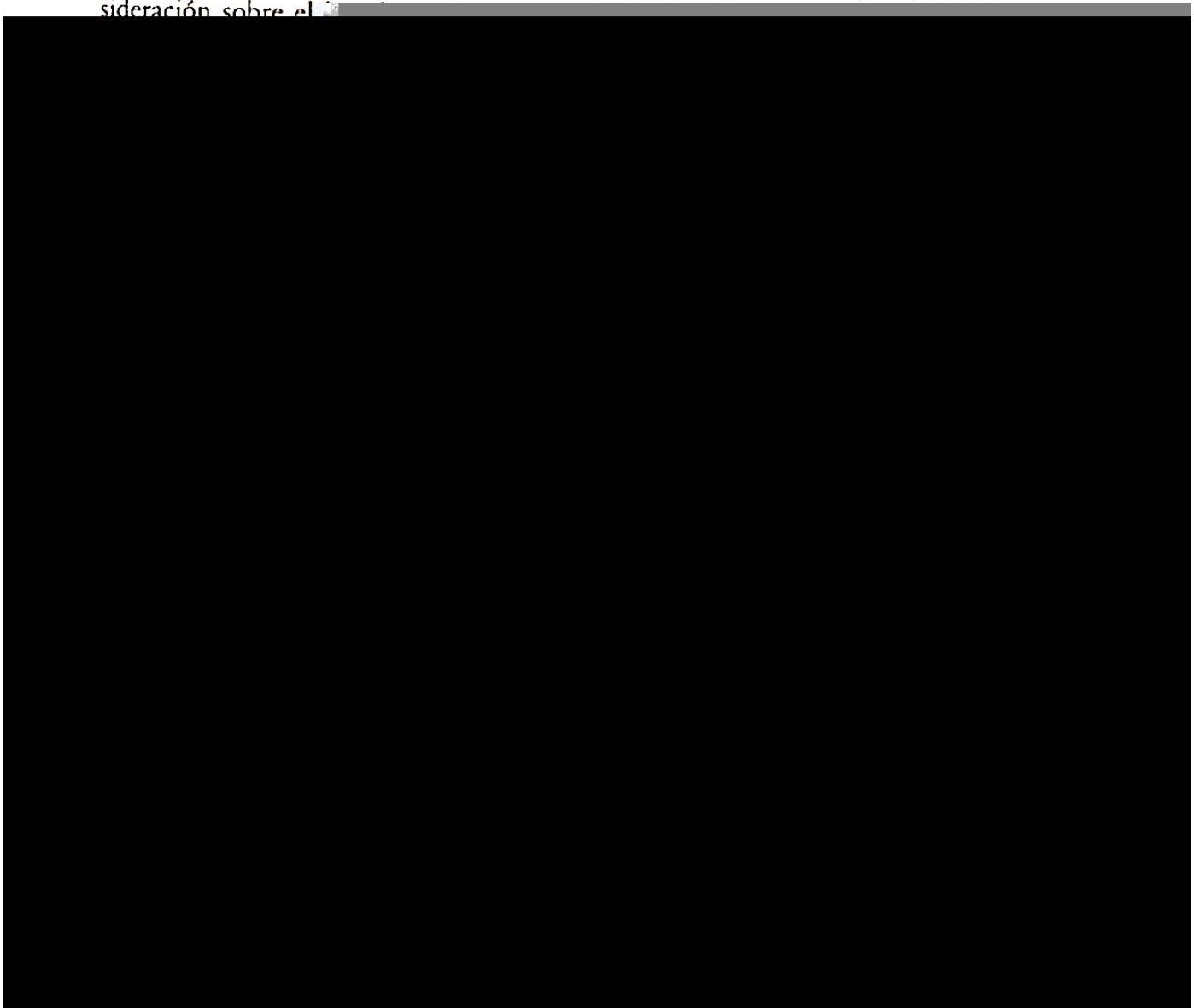


Lucho entre un racionalismo omnipresente y devastador y una fe cristiana que cada vez más se pone a salvo en un voluntarismo irracional. Si estas cosas no se explicitan del todo en las dos obras de referencia se debe, ello, tanto a mi perplejidad como a una actitud ética que no me permite escandalizar a mis hermanos creyentes, a los cuales no tengo derecho de inocular mis incertidumbres y oscilaciones.

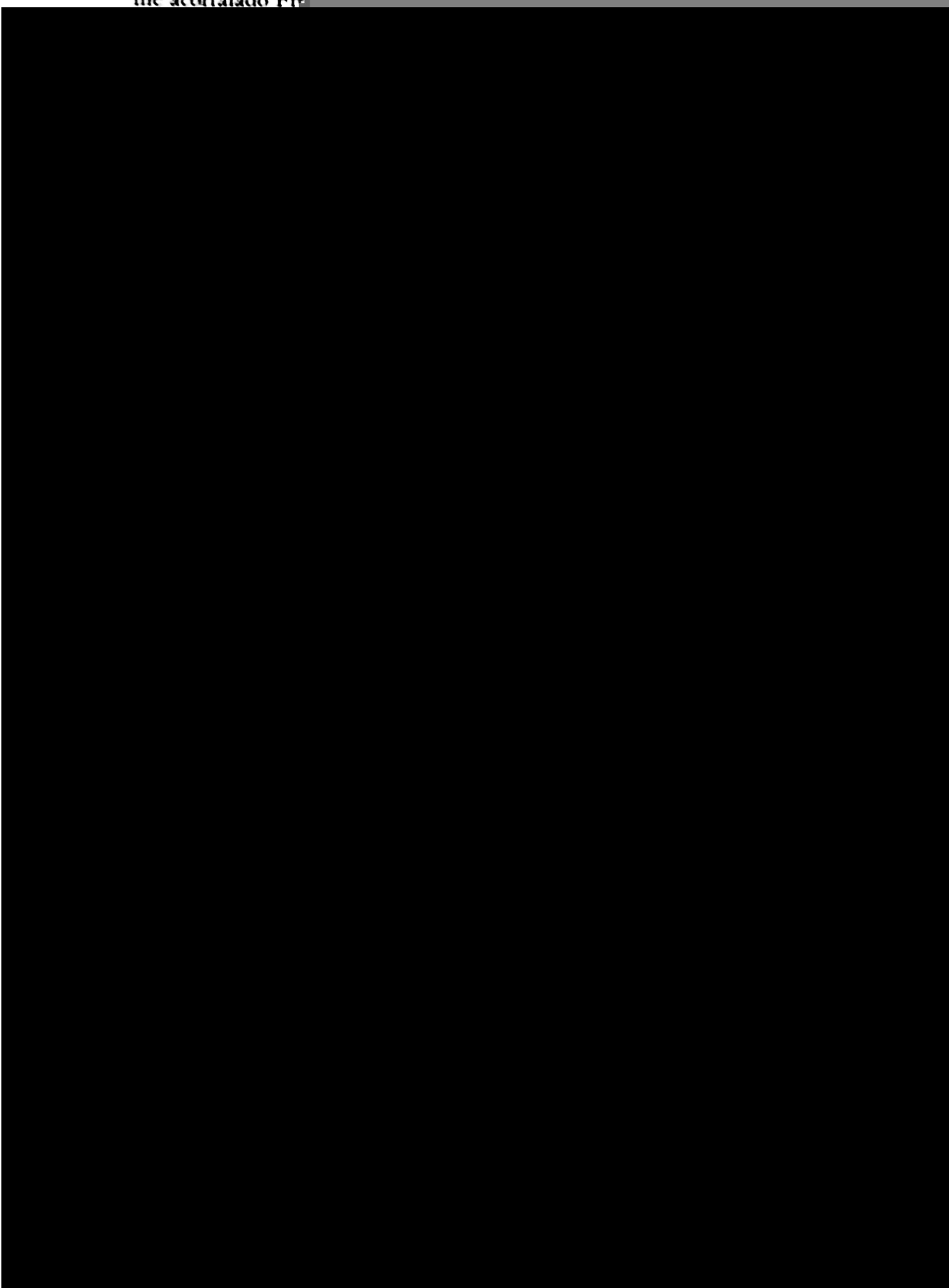
5. *Ironía agnóstica*

Volví de París intelectualmente alterado y conmovido. Aquella estancia me hizo mella. Pero, no fue cosa persistente, sino transitoria y precaria. No duró más allá de 1975 el tumulto mental. ¿Y cómo es eso?; en parte a causa de mi fondo endotímico, que no me predisponía a ese tipo de análisis, y en parte debido a la lectura apasionada que acababa de iniciar de las obras completas de Sigmund Freud.

La primera lectura fue *Introducción al psicoanálisis* —que yo recomiendo siempre como primeros pasos en el pensamiento de Freud, aunque sólo sea cuestión del primer Freud—. No me importaron de este autor ni sus perspectivas empíricas ni tampoco su práctica terapéutica. Sí, en cambio, me cautivaron desde el primer momento la concepción epistemológica y la consideración sobre el



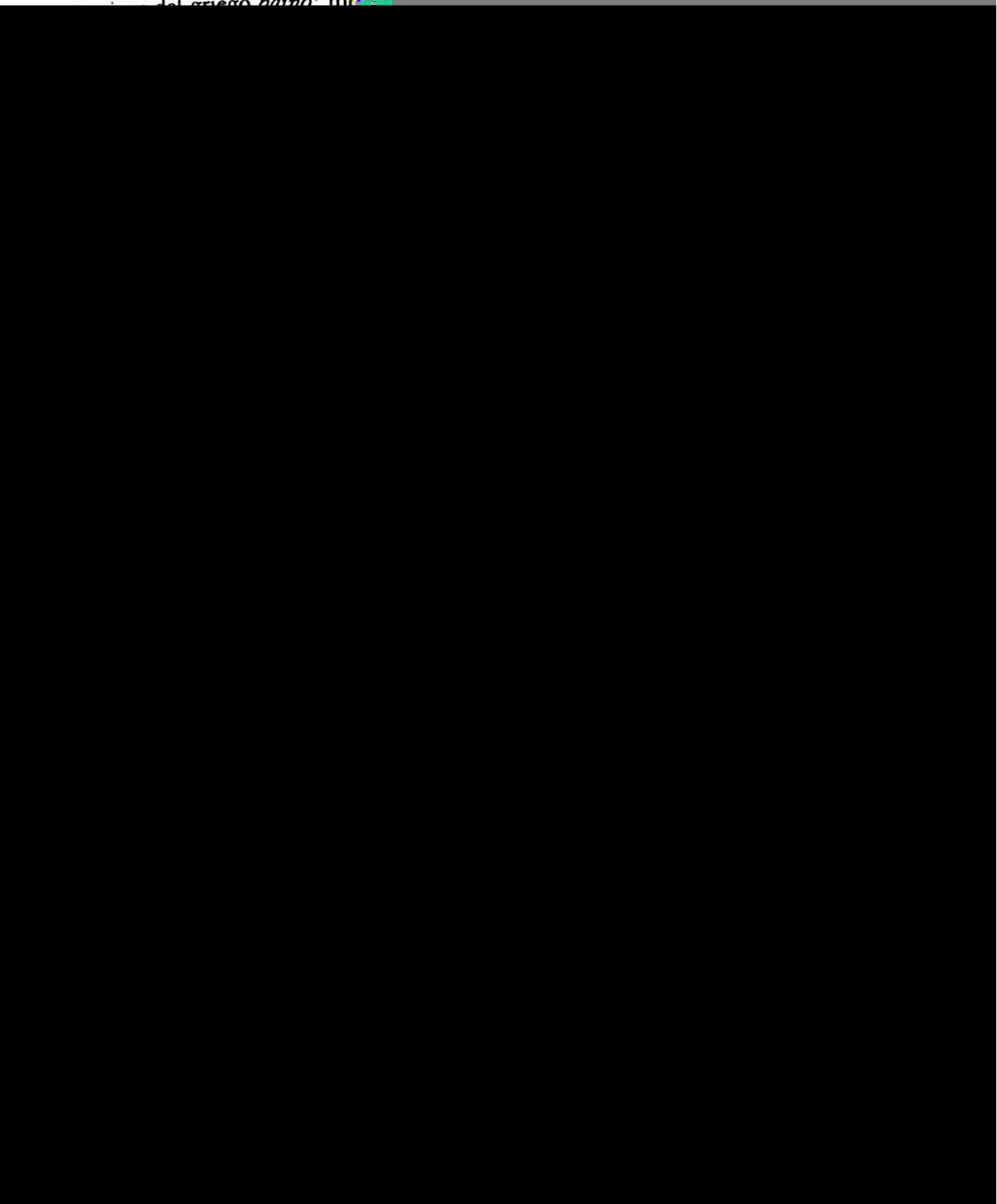
me. El agnosticismo —y no sólo el religioso— me mordía sin compasión. No olvidaba que ironía, en griego *eironeia*, quería decir “pregunta que finge ignorancia”. Con la ironía intentaba disimular el agnosticismo al que había-me acorralado. Era



abordar preocupaciones educativas precipuas. Escribo como si tuviera una *Weltanschauung* definida pero no es así. Considero, empero, que al público no hay por qué complicarle su vida con la mía.

6. *Anábasis* y consuelo

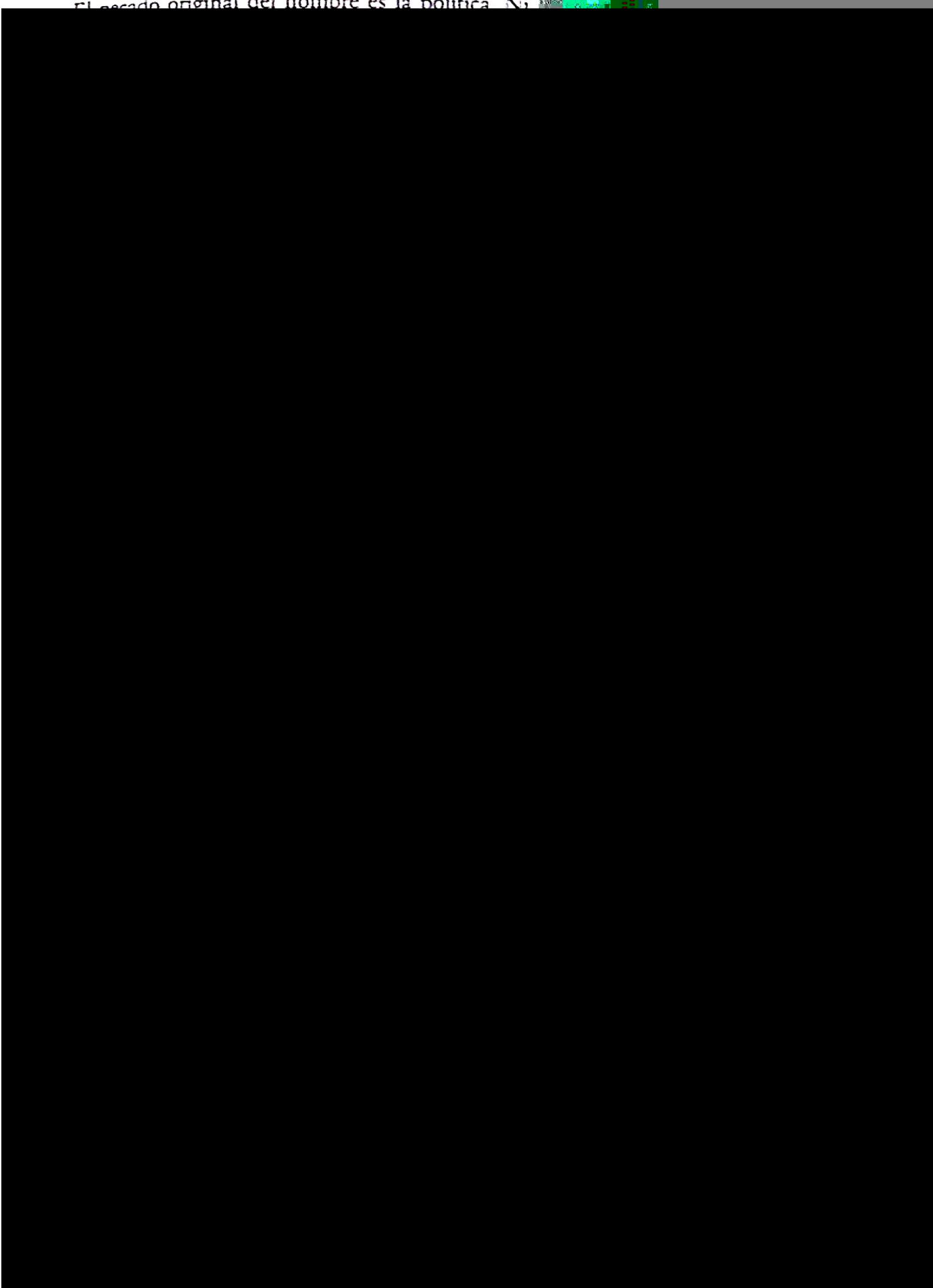
Básis, báseos; andadura, marcha, paso, movimiento hacia algún punto.
del griego *háno*: mo



Más tarde me dirigí a las *Investigaciones lógicas* y a *Idées directrices pour*



de pasatiempo o de simple ilustración de la memoria —órgano de la cultura; ésta—. Proudhon y Bakunin no perturban mi reciente encaminamiento. El pecado original del hombre es la política. Ni



cia no hay moral. Las sociedades, la Historia entera, sólo pueden ser inmorales; carecen de rostro. No contamos con responsables ni de las sociedades ni tampoco de la Historia. Voy ingresando en cierto personalismo; no, por cierto, el de Mounier. Éste le fantaseó un rostro a la Historia. Yo no dispongo de tan soberbia imaginación. Con trabajo atino a ver el semblante del de enfrente.

Hacía años que había hablado con Paul Ricoeur, y en más de una ocasión por cierto, pero no fue hasta 1983 cuando pude tratar tranquilamente con él de la concepción antropológica que me agitaba. Robert de Sorbon, confesor de san Luis, rey de Francia, fundó en 1253 lo que sería la Universidad de la Sorbonne. En el mismo espacio tuvo lugar el Congreso Internacional de Fenomenología dedicado al pensamiento de Ricoeur. Aquel mes de junio, París era un beso aterciopelado. Ricoeur me unía la fenomenología y la filosofía de la existencia. Encajaba conmigo. —¿Y la Verdad?, me dice usted; pues, mire, el día que la encuentre, viene y me comunica en qué palacio habita. Para huir, ¿sabe? “Interpres sum”; el símbolo da que pensar. La estructura semántica del símbolo descansa sobre el doble significado de éste. La hermenéutica de los símbolos mira hacia la ontología, pero no entra en ella. Sí; la lingüística de las palabras puede cerrarse en estructuras; no, así, la lingüística del discurso. Ésta queda abierta al mundo desde un sujeto empírico.

Acabé leyendo a René Girard. Las ideas se me organizaban —o así me lo parecía—; ocupaban un sitio fijo. La ilusión religiosa funda toda sociedad. La cohesión inconsciente de los miembros de un grupo se debe a hechos inconfesables de violencia, reflejados en los mitos y en las formas arcaicas de lo religioso. Esta violencia originaria es gratuita; es decir, desprovista de razones —aquí Freud se despide—. ¿Quién vengará a Abel?, y ¿quién vengará al sacrificado por el vengador de Abel?; ¿tal vez Cristo?; después de éste, ¿podrá darse ya una sociedad sin sacrificio de venganza? ¿De nuevo literatura?, ¿y si la estética nos salvara?

Se fortificó mi esquema antropológico. Esto sí. Un ser humano es el resultado del código genético, sometido a transacciones con el medio natural (*procesos madurativos*), más el mismo código genético trabajado por las transacciones de éste con el medio humano (*procesos educativos*).

El hombre es *bíos* más *pólis* ensamblados; *zoon politikón*. Esto queda claro. Lo que queda siempre por ver es si *únicamente* es esto y nada más. ¿Qué hacer con la conciencia, con el imperativo moral, con la persona, con la libertad y la creatividad?; ¿reducirlas a bioquímica del cerebro zarandeada por la sociedad? El hombre es, y sólo es, materia biosocial; este “y sólo es” ¿cómo se prueba? Me resulta esto tan metafísico como sostener que el hom-

bre consiste en materia biosocial más algo que no puede objetivarse. Según la opción antropológica abrazada, así será la educación decidida.

En 1984 publicó *Verdades y trampas de la pedagogía*. Se trata de estudiar las razones que proporciona la Razón cuanto intenta legitimar la práctica educante. Aunque la sistemática de una obra actúa como corsé del *pathós* de uno, se adivina cierta *anábasis*, que no alcanza puerto pero sí proporciona consuelo, alivio, calma y refrigerio. *Consolari*; menos es nada. Mi artículo "El educar como absolución imposible o el fracaso teleológico", publicado en la revista *Bordón*, abunda a pesar de todo en cierto agnosticismo existencial-metafísico. También es de 1984.

7. *¿Esperanza o tan sólo espera?*

Retornar a los orígenes, a la *terra patrum* donde se guardan los huesos queridos, es faena más homérica, o pagana, que bíblica. Además, la vuelta biográfica —intelectual incluida— no está a nuestro alcance. Lo sabido no puede ya *des-saberse*. Alguien me sugirió que no valía la pena tanto afán intelectual para terminar agnóstico y relativista. Realmente, algunos han equivocado su vocación; deberían haber sido escarabajos. No he conocido ninguno que fuera agnóstico.

Esperar contra tota esperança se publicó en 1985. Intervengo en este libro de divulgación. Refleja en parte mi estado de ánimo, el talante de quien busca y no encuentra. Toda pregunta, antes de no importa qué respuesta, nos deja siempre a la espera. ¿A la espera de qué?, pudiera muy bien suceder que fuera a la espera de nada. Porque pregunto, por esto proyecto; y quien proyecta se pone a esperar. No resulta posible ocuparse de la antropología pedagógica sin inquietarse con anterioridad por una interrogante que

rece ventajoso y aprovechable. La conciencia ocupa un espacio importante en él. Incluso en el texto universitario —*Paideusis. Antropologies pedagògiques contemporànies*—, a pesar del encorsetamiento de este género literario, paso revista inquisitorialmente al tema antropológico, estrella que guía las plurales pedagogías.

¿Qué razón sostiene, fundamenta, aguanta, sustenta, basa, asegura y apuntala a la Razón? En ocasiones acontece que nos quedamos sin razones. En tal tempestividad y coyuntura, ¿cómo comportarse?; por lo pronto, desrazonadamente. Nos descubrimos desnudos de razón en la circunstancia supuesta. El hombre es, y *sólo es* —metafísica pura—, materia biopsicosocial. La Razón no puede probarlo. Otra alternativa: el animal humano es materia biopsicosocial y algo más no reducible a materia —igualmente aserto metafísico—. La razón tampoco puede someter a prueba este segundo enunciado. La conciencia constituyente, al revés de la conciencia constituida, no es objeto alguno y no se planta nunca delante del saber. Aunque exista, no puede agarrarla la tecnociencia.

¿Qué razón me da razón de cuál de las dos alternativas anteriores abrazar? El silencio de La Razón resulta tan alargado y persistente que cabe sospechar que ésta es impotente en estos menesteres. La Razón no es el *arkhé*, o *Grund*, ni lógico ni ontológico, de la antropología y consecuentemente de la educación y de la pedagogía. Uno se queda, entonces, en *Krísis*, en tener que decidir en vez de ponerse a razonar. Pues, bien; tomé la decisión de que el hombre es inexorablemente, materia biológica —*sarx*—, materia psíquica —*psykhé*— y materia social —*pólis*—. Lo psíquico es el elemento mediador entre la *Natura* y la *Civitas*. Y además tomé la decisión de que el hombre es igualmente lo otro, lo diferente, lo irreducible a materia —*pneuma* o *nous*—

El hombre es también conciencia constituyente, persona, sujeto, capacidad

tes como *Cuerpo de hombre* (éste sin publicar), *Viaje inacabado* (Eulalia II), *Final de viaje* (Eulalia III) y *Filosofías de la Educación. Paideia*, intentan plantear el interrogante y al propio tiempo apuntan una solución. El cuerpo, el tiempo existencial y la muerte humana forman tres objetos de estudio que permiten ofrecer diversas perspectivas sobre mi resolución antropológica y la respuesta a mi sorpresa. *Filosofías de la Educación. Paideia*, de 1992, procede parejamente aunque lo haga desde la sistemática. Lo mismo hay que decir de *Política de la Educación. Politeya - Paideia*, aparecido en 1994.

Espero que el futuro confirme mi proyecto antropológico y pedagógico. Mi espera, no obstante, queda abierta al horizonte de la nada. No se trata de un aguardo casi biológico —*attente*—, sino de una espera biográfica —*espoir*—. Mi espera es un empeño, una entrega, un compromiso —*engagement*— existencial e histórico, y no un simple pasar, o matar, el tiempo. Pero quizás, no sea esperanza, o confianza, en que a mi apuesta le corresponda una realidad de bulto. Me descubro completamente desnudo de seguridades, de certidumbres, de certezas. Pero, había que actuar y pensar desprovisto de razones contundentes.

Elpis, spes, hope, espoir, espera. "Ven, Señor Jesús"; así concluye el *Apocalipsis*. ¿Quién o qué vendrá?, ¿y si fuera nada? Hay que vivir y argumentar como si cada hombre y la Historia toda tuvieran sentido, dirección, Punto Omega. Me preguntáis ¿por qué?; muy sencillo y muy frágil: porque así lo he decidido para mi vida tanto cotidiana como intelectual. Esto sólo sirve para mí. Lo lamento. Conste, sin embargo, que los demás no gozan de mayor seguridad en este asunto, aunque se lo crean.

Los tres últimos días de 1993 establecí contacto con culturas indígenas —tzotziles y tzeltales— del estado de Chiapas en México. Conocía San Cristóbal de las Casas, Chamula, Zinacantán, Chenalhó, Tenejapa, Las Margaritas, Amatenango, Comitán, Socoltenango...; ¿qué razón puede hacerse cargo de la diferencia cultural, sobre todo cuando ésta resulta ser mayúscula, como era el caso ya que se trataba de culturas precolombinas?, ¿la razón estructuralista de Lévi-Strauss?, ¿la razón psicoanalítica de Freud?, ¿la razón dialéctica de Marx?, ¿la razón tecnocientífica de la microsociología?, ¿ninguna razón o acaso la razón hermenéutica de la que platicó Max Weber? Tuve que confesar: lo seguro es que no hay saber científico de la diferencia. ¡Pobre razón!

A las dos de la madrugada del 1 de enero de 1994, el ejército zapatista de liberación nacional se apoderaba de San Cristóbal de las Casas. Quedé retenido durante un par de días. Después de haber hablado el comandante Marcos con los de Derechos Humanos, aquél permitió la salida y me dirigí a la Ciudad de México donde comencé a dar cursos en universidades, según es-

taba previsto. ¿Qué es la razón revolucionaria?, ¿la dialéctica histórica en su indecente pastosidad o tal vez una libertad que se decide por la Justicia?; pero ¿por ventura contamos con libertad y con justicia? Y no atiné a cómo escapar de la *Krisis*, del tener que decidir sin el báculo de la razón. Educación de indígenas; ¿qué? Y uno queda yerto porque todo pende del *alea jacta est*.